


SANTIAGO BLASCO

EL MERCADER DE  
ALEJANDRÍA

algaida



Santiago Blasco  
El mercader de Alejandría

## Índice

[Cuadro genealógico](#)

[Introducción](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Personajes por orden de aparición](#)

[Créditos](#)

*Porque es la base que cimienta mis sueños;*

*Inspiración donde se asientan mis fantasías;*

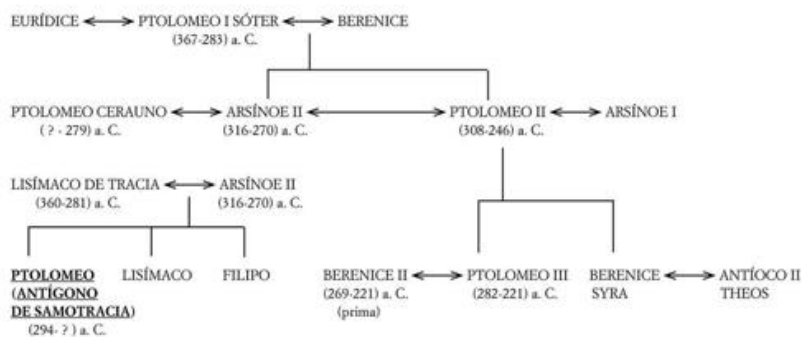
*La columna que vertebra mi vida;*

*Apoyo incondicional.*

*Realmente, es el Pilar que sustenta mis estrellas.*



## CUADRO GENEALÓGICO DE LA DINASTÍA PTOLEMAICA AFECTO EN LA NOVELA



## Introducción



Los grandes ventanales estaban abiertos de par en par; dejaban que la brisa suave de un viento templado procedente del mar Mediterráneo, como si de un juego infantil se tratara, meciera los grandes visillos de seda que incansablemente se inflaban y giraban envueltos entre mil remolinos que les hacían rozar constantemente las decoradas molduras de mármol travertino de los altos techos de aquella majestuosa cámara. Era una estancia adornada con tonalidades terrosas, con cierto tono amarillento, que además tenía el privilegio de gozar de la vista más espectacular que se podía tener sobre la bahía de una de las ciudades más antiguas fundadas por la civilización griega.

Aquellos enormes huecos abiertos hacia el exterior daban acceso a una gran terraza cubierta en forma de templete, desde donde la lejanía infinita del mar azul se combinaba con barquitos de pesca que moteaban de pequeños puntos negros el horizonte marino, mientras se perdían hasta donde era capaz de divisar la vista. El perímetro de la suntuosa terraza estaba vigilado por seis columnas que permanecían unidas entre sí por medio de una ancha barandilla de obra, rematada por una balaustrada de barrotes gruesos de piedra caliza.

Resultaba muy fácil que la mirada se perdiera constantemente con las muchas referencias que desde aquella mag-

nífica atalaya de observación tenía para elegir de entre las incontables distracciones que ofrecía semejante panorámica de Alejandría. También el lugar se prestaba para ocupar gran parte del tiempo con la inofensiva contemplación de aquel entorno inigualable, lo que facilitaba el ejercicio del simple abandono del espíritu por el sencillo placer de estar allí; tan solo dedicado a dejar pasar las horas mientras se observaba en calidad de testigo de excepción el transcurrir de la vida cotidiana de aquella gran urbe que creció con una rapidez inusitada, prácticamente de la nada, que nadie hubiera imaginado cuando tan solo era un pequeño y olvidado poblado de pescadores.

En un sitio preferente, una mesa de grandes dimensiones servía de soporte a una gran cantidad de pergaminos que se apilaban a la espera de ser revisados por su creador, quien no cesaba de dictar a sus ayudantes cuantos pasajes recordaba sobre los asuntos que debió acometer a lo largo de su extensa vida. Aquel hombre, consciente de su avanzada edad, llevaba por voluntad propia algún tiempo retirado de las funciones propias del Gobierno, aunque nunca dejó de preocuparse por los asuntos importantes de su reino. Atrás quedaban multitud de historias y acontecimientos muy personales, aún sin revelar, que permanecieron conservados de una manera nítida en su memoria, dispuestos a que un día decidiera contarlos alentado por ese dinamismo que nunca le permitió permanecer inactivo. Por eso, ayudado de varios escribanos y recluido en su residencia de verano, desde donde disfrutaba de ese incomparable recinto exclusivo al alcance de muy pocos, aquel sobre quien recayó la responsabilidad de dirigir durante muchos años los designios del imperio egipcio en una nueva y desconocida etapa dinástica caracterizada por el origen heleno en sus faraones, decidió permanecer los últimos años de su vida acompañado por miles de escritos que consiguieron ocuparle el tiempo más gozoso y tranquilo de cuantos tuvo que consumir.

Corría el año 284 a. C., se sintió muy alentado por un incontenible deseo de concluir lo que consideraba la verdad



incuestionable de su ya lejana vida pasada; la exposición ante el resto del mundo de unos imborrables recuerdos que debían servir para redimirle ante su conciencia de cualquier atisbo de crítica que se le pudiera ocurrir a su inagotable imaginación y ahora tenía la oportunidad de llevar a cabo su proyecto. Entretenido con su nuevo cometido, repasaba una y otra vez los contenidos de sus relatos porque no quería dejar nada al azar, y mucho menos, que se parecieran a algo que no fuera más que su estricta realidad.

Aquel anciano, que estaba muy sobrepasado de peso, se frotaba continuamente sus huesudas manos, en las que resaltaban unas gruesas venas cubiertas por una finísima capa de piel que parecía estar a punto de romperse, mientras trataba de recordar con la mayor verosimilitud posible sus memorias. Pensativo, de vez en cuando se rascaba la cabeza, ya despoblada, a excepción de unos cuantos cortos cabellos canos por la parte de la nuca y por la zona de detrás de las orejas, en busca de la frase que mejor cuadrara con lo que quería decir. Sus ojos azules miraban hacia el infinito a la vez que pedía ayuda a los dioses para que le iluminaran en lo que consideraba su último trabajo pendiente. Nadie diría al verle tan disminuido que se trataba del sucesor más hábil de cuantos tuvo el gran Alejandro Magno; no era otro que su fiel comandante Ptolomeo Sóter.

Comenzó a releer su legado: «Nací hace ochenta y tres años en Macedonia en el seno de una familia noble, pero hubo muchos rumores sobre si era hijo ilegítimo del rey Filipo, y, por tanto, hermanastro del propio Alejandro. A pesar de todo, desde que fuimos jóvenes, ambos gozamos de una estrecha amistad que con el tiempo se acrecentó de manera muy especial, lo que me sirvió para situarme en una posición privilegiada muy cerca de su entorno. Tanto fue así, que pronto se me asignó el delicado trabajo de actuar como su guardaespaldas personal, ocupación para la que seguramente me debió de seleccionar el propio Alejandro, quien prefería tener a su alrededor a gente de su total confianza que velaran por su seguridad y que fueran capaces de sacrificar su propia vida con tal de proteger la de su se-

ñor. Pero en este caso, además, nos reconocimos mutuamente como amigos íntimos, y ese añadido, junto con mi fuerza y habilidad para el combate, me hizo merecedor de tan alta distinción. Participé en innumerables batallas al lado de Alejandro y siempre me distinguí por la valentía y el arrojo frente al enemigo. En agradecimiento, se me entregó la comandancia de la flota macedonia. Tras la muerte de Alejandro, fui nombrado gobernador de Egipto y de Libia.

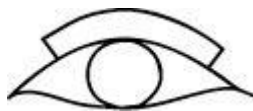
»Con todo, y a pesar de las importantes contrariedades que he debido superar, al final creo que he resultado ser el heredero más importante de los territorios conquistados por los macedonios. He intentado llevar la prosperidad a este imperio que antes vivía exclusivamente por y para el río Nilo; siempre supeditado a los caprichos de sus peligrosas crecidas. Amplié sus fuentes de riqueza gracias al establecimiento de una política acertada, tanto en su vertiente exterior como interior, no exenta de múltiples confrontaciones bélicas, y de peligrosas intrigas palaciegas urdidas por los inevitables enemigos que un soberano genera a lo largo de su reinado; envidias y pretensiones que siempre nacen de próximos codiciosos con el fin de obtener para sí el control del cetro de lo que fue el imperio de los faraones y que he sabido traspasar a mi hijo menor. Él será ahora quien deberá encargarse de dar continuidad a nuestra estirpe y perpetuarla durante las generaciones futuras.

»Todo mandatario tiene manchas que limpiar en su gestión y mi caso no iba a ser distinto al de otros que me precedieron, ni lo será al de los que vengan después de mí, sobre todo después de tantos años de Gobierno. Ejemplo fehaciente de lo que digo fue la muerte en extrañas circunstancias de mi mejor adversario, Cleómenes, ya que siempre se creyó que posiblemente sucumbió envenenado por orden mía; pero eso quedará para que sea la historia quien lo descubra. De todos modos, ¿quién se atreverá a juzgar la conveniencia o no de una eliminación que representaba tanto riesgo para mis pretensiones que luego tan buenos resultados han supuesto para el imperio egipcio? Una vez que desapareció el único rival con suficiente capa-

ciudad para impedir mi llegada hasta lo más alto del poder, no tuve problema alguno para coronarme faraón. Así fue como conseguí establecer en Egipto las bases de lo que debía ser el inicio de mis generaciones venideras; aquellas que los sabios acordaron en llamar la dinastía ptolemaica, y a las que los sacerdotes auguraron toda clase de dones y protecciones ante los mismísimos dioses.

»En lo referente a la ciudad de Alejandría, aunque hace cuarenta y siete años que ayudé a Alejandro a fundarla, aún recuerdo como si fuera ayer la ilusión que pusieron todos los hombres por dejar su huella en las primeras obras. Quién nos iba a decir en aquellos momentos que pronto se convertiría en la capital de un imperio cuyos máximos responsables continuarían con sus formas helenas de hacer las cosas y con sus pensamientos al más puro estilo griego. También tengo presente con total nitidez en mi memoria, de igual manera que si ocurriera ahora mismo, que ocho años después del inicio de los trabajos, que fueron años plagados de intensos combates, confrontaciones y negociaciones, de la noche a la mañana, la muerte arrebató a mi mejor amigo todos sus sueños. Cuando comprobé que mis macedonios no querían reconocerla como parte integrante del imperio, decidí concederle autonomía política. Desde prácticamente su nacimiento, esta ciudad se convirtió en una de las más prósperas e importantes del Mediterráneo gracias a la relevancia comercial que adquirió por sus estratégicos puertos, aquellos que potencié con todas mis fuerzas y en todo momento. Yo, que fui su primer faraón de origen heleno y que consentí pasar para la posteridad con el nombre de Ptolomeo I Sóter».

## Capítulo I



Dejó de leer porque le vino a la memoria el recuerdo de su querida hija Arsínoe, nacida hacía 32 años, en el año 316 a. C., de su unión con su esposa Berenice. Era una mujer delgada y elegante que heredó los rasgos físicos más característicos de su progenitor. Ocho años mayor que el heredero al trono, su hermano Ptolomeo II, los dos compartían unos rasgos familiares muy acusados y parecidos; de alta estatura, propia del canon ideal de los dioses griegos, la pareja de hermanos se significaba por poseer un cabello oscuro, rizado y fino, que se ensortijaba conforme se acercaba a la frente, nuca y sienes. Presentaban una figura esbelta gracias a un alargado cuello que les potenciaba una delgadez más acusada de la que en realidad tenían, y también debido a una anchura de espaldas suave y poco voluminosa. La frente grande y bombeada les otorgaba un aire distinguido. Pese a lucir unos llamativos labios carnosos, bien combinados con un tabique nasal recto culminado en su punta por anchas fosas nasales, el conjunto de la cara no parecía armonioso a simple vista, acaso, debido a la existencia de prominentes pómulos que dejaban excesivamente hundidos en sus cuencas unos ojos muy saltones que sobresalían en el rostro sobre cualquier otra característica que pudiera embellecerlos. Tampoco les favorecía estéticamente la existencia de un afilado mentón empinado hacia arriba que se desplazaba desde la barbilla hacia la dirección de la comisura de los labios, y que algunas veces con determinados gestos familiares muy definidos, que ambos repetían con

cierta asiduidad, daba la impresión de que podría juntarse con el labio inferior.

Cuando Arsínoe contaba con dieciséis años de edad se pactó su matrimonio con el rey Lisímaco de Tracia, antiguo general de los ejércitos helenos, quien ya estaba cercano a los sesenta años, de los cuales, cuarenta había permanecido entregado de forma permanente a guerrear contra encarnizados enemigos. Al principio en favor de Alejandro Magno, y después en beneficio propio. Lo cierto era que parecía llevar la edad con bastante alegría; además, el soberano tracio se caracterizaba por su extraordinaria fuerza y por poseer un físico envidiable. Pese a todo, resultaba notorio que la diferencia de edad, tarde o temprano, acarrearía problemas que hacía necesario un acuerdo firme capaz de adelantarse a las controversias que pudieran surgir con posterioridad a la muerte de Lisímaco. La unión fue convenida meramente por motivos políticos con el fin de sellar una importante alianza que beneficiaba a ambos reinos, gracias a la labor diplomática de Ptolomeo I Sóter. Porque aquella boda, aunque evidentemente no fue por amor, sí que consiguió estabilizar las relaciones comerciales egipcias en una zona que siempre fue considerada por sus responsables diplomáticos de un valor estratégicamente muy importante. En otro orden de cuestiones, esta unión también produjo el nacimiento de tres varones: Ptolomeo, nacido en el año 294 a. C. Lisímaco y Filippo, nacidos dos y cuatro años después, respectivamente, quienes en virtud de los acuerdos pactados antes de la celebración de la boda real estaban llamados a suceder a su padre, y por tanto, a reinar por derecho propio en Tracia, desplazando así al primogénito Agátocles, que Lisímaco engendró con su primera esposa Amastris.

Ocurrió que Arsínoe, durante los diecinueve años que permaneció casada al lado de Lisímaco de Tracia se caracterizó por ser una mujer peligrosamente conspiradora. Por eso, y ante las muchas dudas que le surgieron sobre el cumplimiento de los compromisos pactados, y con el fin de asegurar el trono para alguno de sus tres hijos, intrigó por

todos los medios que tuvo a su alcance hasta que consiguió que su marido condenara a muerte a su primogénito. Para ello, fue acusado injustamente de traición y también de intentar envenenar a su propio padre. Ejecutado Agátocles, su viuda Lisandra, que también era hija de Ptolomeo Sóter pero de diferente madre, concretamente de Eurídice, y por tanto hermanastra de la propia Arsínoe, buscó venganza en la corte de Seleuco, rey de Siria y Babilonia, y antiguo general de Alejandro Magno, al que le correspondió en el reparto de los territorios conquistados la mayor porción de terreno. El sirio deseaba un pretexto para atacar a Lisímaco de Tracia, y este motivo le puso en bandeja una posibilidad de confrontación que aprovechó con todas sus fuerzas disponibles.

Afortunadamente para Ptolomeo I Sóter, este ya había fallecido cuando se produjeron los siguientes acontecimientos que dejarían marcada a su estirpe hasta su total desaparición.

El camino había quedado libre para que cualquiera de los tres hijos de Arsínoe pudiera hacerse con el trono de Tracia. Pero en el año 281 a. C., Seleuco declaró la guerra a Lisímaco y consiguió acabar con su vida, lo que obligó a la reina a huir de Tracia junto con sus hijos para salvarse de la misma suerte. En su atropellada huida se dirigió hacia Éfeso, para seguidamente refugiarse en la ciudad de Casandreia, en Macedonia, país donde acababa de ser proclamado rey su hermano Ptolomeo Cerauno, que al igual que Lisandra era fruto del matrimonio de su padre Ptolomeo I Sóter con su tercera esposa Eurídice.

Ptolomeo Cerauno, quien había heredado los rasgos físicos de su madre; era más bien bajo, de tez muy morena y de cabellos foscos muy negros. Sin embargo, en el arte de la seducción se parecía mucho más a su padre. La llevó a su palacio de Tesalónica y allí la convenció con falsas promesas para que se casara con él, cuando en realidad lo único que pretendía era controlar la amenaza que suponían sus tres hijos para el futuro de su reinado, consciente de que tarde o temprano podrían reclamar su recién conquistado

trono. Quizás pensó que al enemigo era mejor tenerlo lo más cerca posible. Por su parte, la reina se dejó seducir y aceptó su propuesta de matrimonio, principalmente movida por una inagotable ambición de poder, ya que en secreto también aspiraba al trono de Macedonia.

La nueva reina, mujer inteligente y sagaz, no necesitó mucho tiempo de estudio y observación para aprender la manera de operar del Gobierno de su hermanastro, ni tuvo que esperar demasiado a que se presentara una oportunidad para llevar a cabo su plan. Esta vez no actuó sola; ayudada por sus hijos volvió a conspirar contra su nuevo esposo, mientras él se encontraba lejos en una campaña militar. Pero para su desgracia, la trama se descubrió y el mismo rey Ptolomeo Cerauno, en un precipitado viaje de regreso, se presentó por sorpresa en palacio varias horas después de despuntar el alba de aquel fatídico día, después de un fatigoso camino de vuelta sin apenas descansar más que lo estrictamente necesario.

—¿Dónde está la reina? —preguntó nada más llegar.

—En sus aposentos, señor —contestó uno de los sirvientes.

—Avisa de mi llegada y que se presente en la sala del Consejo.

—¡Tú! Ve a buscar a sus hijos y tráelos también a mi presencia —ordenó a otro sirviente.

—Esposo mío; ¿ocurre algo? —preguntó sobresaltada cuando apresuradamente se personó en la gran sala.

Antes ya había avisado a sus hijos de la presencia de su esposo, como si de una premonición se tratara.

—¿Debía ocurrir algo para preocuparme?

—Nada, que yo sepa.

—¿Entonces, por qué esa excitación?

—Estoy sorprendida por tu inesperado regreso; pensé que algo malo te había ocurrido en el campo de batalla.

—¡Tienes razón! Algo malo ha ocurrido.

—¿Qué ha sido?

—¡Información! ¡Ha sido una información que he recibido!